

(palabra de provincia), engendradas por la inquietud que le causaban sus faltas, aumentadas cada día, con respecto á la duquesa de Chaulieu á la que tenía que escribir sin poder resolverse á ello, fueron cuidadosamente observadas por la melosa americana y por la digna señora Latournelle, y pasaron á ser objeto de más de una conversación entre éstas y la señora Miñón. Canalis sintió los efectos de estas conversaciones sin explicárselos. La atención que se le prestaba no era la misma, las cosas no presentaban ya aquel aspecto de asombro de los primeros días, mientras que Ernesto empezaba á hacerse escuchar. Hacía ya dos días que el poeta procuraba seducir á Modesta, y aprovechaba todos los instantes en que podía encontrarse solo con ella para envolverla en las redes de su lenguaje apasionado. El rubor de Modesta demostró á las dos Herouville el gran placer con que la heredera escuchaba deliciosos conceptos deliciosamente dichos; é inquietas ante tal progreso, acababan de recurrir á la última *ratio* de las mujeres en semejante caso, á esas calumnias, que, refiriéndose á las repugnancias físicas más atroces, dejan rara vez de producir su efecto. Esto fué causa de que el poeta viese al sentarse á la mesa que algunas nubes empañaban la frente de su ídolo, y como hubiese leído en ellas las perfidias de la señorita de Herouville, juzgó necesario proponerse en persona para marido tan pronto como pudiese hablar á solas con Modesta. Oyendo algunos dichos agridulces, aunque corteses, cambiados entre Canalis y las dos nobles jóvenes, Gobenheim dió un codazo á Butscha, que estaba á su lado, para señalarle al poeta y al caballero mayor.

—¡Acabarán por aniquilarse mutuamente!—le dijo Gobenheim al oído á Butscha.

—¡Oh! Canalis tiene el genio suficiente para aniquilarse por sí solo—respondió el enano.

Durante la comida, que fué suculenta y admirablemente servida, el duque sacó ventaja á Canalis.

Modesta, que había recibido la víspera sus vestidos de amazona, habló de hacer algunas correrías por los alrededores. Por el giro que tomó la conversación, la joven llegó á manifestar sus deseos de asistir á una cacería á caballo, placer que le era desconocido. Inmediatamente el duque prometió á la señorita Miñón darle el espectáculo de una cacería en un bosque de la corona, á algunas leguas del Havre. Gracias á sus relaciones con el príncipe de Cadignán, que era montero mayor, el duque vió en esto ocasión de desplegar á los ojos de Modesta un fausto regio y de seducirla mostrándole el fascinante mundo de la corte y haciéndole desear el pertenecer á él mediante un matrimonio. Ciertas miradas cambiadas entre el duque y la señorita de Herouville, que fueron sorprendidas por Canalis, decían bastante claro: «¡La heredera es nuestra!», para que el poeta, reducido á sus esplendores personales, se apresurase á obtener de Modesta una prueba positiva de afecto. Asustada casi por haberse comprometido con los Herouville más de lo que entraba en sus intenciones, Modesta, paseándose después de la comida por el parque, procuró adelantarse con Melchor para estar sola con él. Movida de esa curiosidad muy natural en una joven, le dejó adivinar las calumnias que de él habían dicho, y, al oír una exclamación de Canalis, le exigió que guardase silencio, lo cual prometió éste.

—Esas calumnias—dijo el poeta—son armas de buena ley aceptadas en la gran sociedad. Su probidad de usted se asusta de ellas, y yo, no solamente me río, sino que me resultan agradables. Muy en peligro deben creer esas señoritas los intereses de Su Señoría cuando recurren á semejantes medios.

Y, aprovechándose inmediatamente de las ventajas que procura una confianza de este género, Canalis desplegó, para justificarse, tal verborrería y una pasión tan delicadamente expresada, dando gracias á Modesta por una confianza en la que él creía ver un poco de

amor, que ésta se vió tan comprometida con el poeta como con el caballero mayor. Canalis, sintiendo la necesidad de mostrarse atrevido, se declaró francamente, hizo á Modesta juramentos en los que brilló su poesía como la luna ingeniosamente invocada, y en los que no dejó tampoco de figurar la descripción de la belleza de aquella encantadora rubia que estaba admirablemente ataviada para aquella fiesta de familia. Esta exaltación de rigor, á la que la noche, el follaje, el cielo y la tierra, la naturaleza entera, sirvieron de cómplices, arrastró á aquel ávido amante más allá de lo razonable, pues habló de su desinterés y supo rehacer, con las gracias de su estilo, el famoso tema: *¡Mil quinientos francos y mi Sofía!* de Diderot, ó *¡Una cabaña y tu corazón!* de todos los amantes que conocen la fortuna del suegro.

—Caballero—dijo Modesta después de haber saboreado la melodía de aquel concierto tan admirablemente ejecutado *sobre un tema conocido*,—la libertad en que me dejan mis padres me ha permitido escucharle; pero es á ellos á quienes debe usted dirigirse.

—Está bien—exclamó Canalis;—pero dígame antes si usted se prestará gustosa á obedecerles si obtengo su consentimiento.

—Sé de antemano—respondió la joven,—que mi padre tiene caprichos que pueden contrariar el justo orgullo de una casa antigua como la de usted, pues desea que sus nietos lleven su título y su nombre.

—¡Vaya, Modesta, calle usted por Dios! ¿qué sacrificios no haría yo por confiar mi vida á un ángel custodio como usted?

—Ruégole que me permita que no decida en un instante de la suerte de toda mi vida—dijo Modesta yendo á unirse con las señoritas de Herouville.

En este momento estas dos nobles jóvenes procuraban agrandar al pequeño Latournelle á fin de ponerlo de su parte. La señorita de Herouville, á la que, para distinguirla de su sobrina Elena, daremos exclusiva-

mente el nombre patrimonial, decía al notario que la plaza del presidente del tribunal en el Havre, de la cual dispondría Carlos X en su favor, era un buen retiro que merecía por su talento legístico y por su probidad. Butscha, que se paseaba con La Briere y que estaba asustado de los progresos del audaz Melchor, tuvo ocasión de hablar algunos instantes con Modesta en el momento en que todo el mundo entraba en la casa para entregarse á los placeres del inevitable wisth.

—Señorita, supongo que aun no le llamará usted Melchor—le dijo en voz baja.

—Poco le falta, mi enano misterioso—le respondió Modesta sonriendo de un modo capaz de condenar á un santo.

—¡Gran Dios!—exclamó el pasante dejando caer sus manos que tocaron casi en el suelo, tan largos eran sus brazos.

—Pues qué, ¿acaso no vale más que ese odioso y sombrío refrendario por quien usted se interesa?—respondió la joven tomando para Ernesto uno de esos ademanes altaneros cuyo secreto pertenece únicamente á las jóvenes, como si la virginidad les prestase alas para elevarse á esa altura.—¿Sería acaso capaz su señor de La Briere de aceptarme sin dote?—repuso la joven después de una pausa.

—Preguntélelo usted á su señor padre—replicó Butscha que dió algunos pasos para llevarse á Modesta á una distancia respetable de las ventanas.—Escuche usted, señorita. Ya sabe que el que le habla está dispuesto á dar en todo tiempo y á todas horas, no solamente su vida, sino además, su honor; así pues, puede usted creer en él, y confiarle aquello que acaso no se atrevería usted á decir ni á su propio padre. Dígame, ¿acaso ese sublime Canalis le ha hablado á usted en ese lenguaje desinteresado que la mueve á que haga ese reproche al pobre Ernesto?

—Sí.

—Y ¿cree usted en él?

—Eso, mal pasante—repuso dándole uno de los diez ó doce motes que le había puesto,—me parece que es poner en duda el poder de mi amor propio.

—Veo que se ríe usted, querida señorita, y puesto que habla en broma, supongo que se burla usted de él.

—Señor Butscha, ¿qué pensaría usted de mí si me creyese con derecho á burlarme de alguno de los que me hacen el honor de aspirar á mi mano? Sepa usted, maese Juan, que, aunque no lo parezca, á una joven le halaga recibir el más insignificante de los homenajes.

—¿De modo que yo le halago á usted?—dijo el pasante mostrando su rostro iluminado como un pueblo en día de fiestas.

—¿Usted?—dijo Modesta.—Usted me demuestra la más grata de las amistades, un sentimiento desinteresado como el de una madre á su hija. No se compare usted á nadie... (Aquí hizo una pausa). No puedo decir á usted que le amo, en el sentido que los hombres dan á esta palabra, pero lo que le concedo es eterno y está libre de toda vicisitud.

—Pues bien—dijo Butscha fingiendo recoger una china á fin de besar la punta de los zapatos de Modesta y depositando en ellos una lágrima,—permítame que vele por usted como el dragón vela por su tesoro. El poeta le ha prodigado á usted sus más preciosas frases, sus más halagüeñas promesas, y ha cantado su amor con la cuerda más hermosa de su lira, ¿verdad?... Si cuando ese noble amante haya adquirido la seguridad de que usted tiene poca fortuna, le ve cambiar de conducta, inquieto y frío, ¿le concederá usted su mano y su cariño...?

—¡Cómo! ¿supone usted que sea otro Francisco Althor...?—preguntó Modesta haciendo un gesto con el que denotó su gran repugnancia.

—Déjeme usted tener el gusto de producir ese cambio de decoración—dijo Butscha.—No solamente le

prometo á usted que ha de ser esto rápidamente hecho, sino que después no desespere de volverle á su poeta enamorado de nuevo, y frío y entusiasta alternativamente con usted, tan graciosamente como sostiene el pro y el contra en la misma noche, sin apercibirse de ello.

—Si tuviera usted razón, ¿de quién fiarse?

—Del que la ama á usted verdaderamente.

—¿Del duquecito?

Butscha miró á Modesta, y ambos dieron algunos pasos en silencio. La joven permaneció impenetrable y sin pestañear.

—Señorita, ¿me permite usted que sea el traductor de los pensamientos ocultos en el fondo de su corazón y que no quiere explicarse?

—¡Cómo!—dijo Modesta,—mi consejero íntimo privado actual, ¿será además un espejo?

—No, sino un eco—respondió el jorobado acompañando estas palabras de un gesto de sublime modestia.—El duque la ama á usted, pero la ama demasiado. Si yo, si este enano ha comprendido bien la infinita delicadeza del corazón de usted, se atreve á afirmar que á usted le repugnaría ser adorada como se adora á un santo en el tabernáculo. Pero, como es usted eminentemente mujer, tampoco quiere ver á un hombre sin cesar á sus pies, como tampoco quiere á un egoísta como Canalis, que antepondría su persona á todo... ¿Por qué? no lo sé. Me haré mujer y vieja para saber la razón de ese programa que he leído en los ojos de usted, y que sin duda es el programa de todas las jóvenes. Sin embargo, usted tiene en su gran alma una necesidad de adoración. Cuando un hombre está á sus pies, usted no puede ponerse á los de él. Esta situación no se puede resistir mucho tiempo, decía Voltaire. El duque tiene demasiadas genuflexiones en la moral, y Canalis no tiene bastantes, por no decir que no tiene ninguna. Cuando se dirige usted al caballero mayor, cuando le habla, cuando le res-

ponde, no he dejado de ver la malicia que encierra la sonrisa de usted. Nunca podría usted ser desgraciada con el duque, todo el mundo aprobaría su conducta si le concediese usted su mano, pero estoy seguro de que no le amaría usted nunca. El frío del egoísmo y el calor excesivo de un éxtasis continuo son causas, sin duda, de una negación en el corazón de todas las mujeres. Indudablemente que no es ese triunfo perpetuo el que le prodigaría las delicias infinitas del matrimonio con que usted sueña, en el que se encuentra una satisfacción en obedecer, en el que se hacen grandes sacrificios con gusto, en el que se esperan con delirio éxitos, en el que es uno comprendido hasta en sus secretos, y en el que á veces la mujer protege con amor á su protector...

—¡Es un brujo!—dijo Modesta.

—Casándose con Canalis, hombre que sólo piensa en sí, cuya nota única es el *yo*, ambicioso de segundo orden, al que la dignidad y obediencia de usted importan poco, y que le desagrada á usted ya á causa de su indiferencia en materias de honor, casándose con ese hombre, repito, no encontrará usted tampoco esa dulce igualdad de sentimientos, esa participación mutua y continua de una misma vida y esa seguridad de agrandar que impulsan á uno á aceptar con gusto el matrimonio. Sí, aunque se permitiese usted abofetear á su madre, es tal la sed que Canalis tiene de su fortuna, que cerraría los ojos para negarse á sí mismo la falta de usted. Sepa, pues, señorita, que no me refería ni al gran poeta, que sólo es un pequeño comediante, ni á Su Señoría, que sólo sería para usted un buen partido, pero no un marido.

—Butscha, mi corazón es un libro blanco en el que va usted grabando lo mismo que lee en él—respondió Modesta.—Se deja usted llevar del odio que existe en provincias hacia todo lo que ha logrado elevarse un poco. Usted no perdona al poeta el que sea un hombre político, el que posea una hermosa palabra y un

brillante porvenir, y calumnia usted sus intenciones.

—Señorita, créame que le volverá la espalda de la noche á la mañana con la cobardía de un Vilquín.

—¡Oh! hágame ver lo que dice, y...

—Convenido, dentro de tres días, el miércoles, acuérdesese bien. De aquí á entonces, señorita, diviértase en escuchar todos los aires de su organillo, á fin de que resalten más las horribles disonancias que ha de producir luego.

Modesta volvió alegremente al salón, donde La Briere, aislado, permanecía sentado ante una ventana, desde la cual había contemplado sin duda á su ídolo, levantándose apresuradamente á la entrada de éste, como si algún ujier hubiese exclamado: «¡La reina!». Este respetuoso movimiento decía más de lo que se hubiese podido expresar con las más hermosas palabras. El amor hablado no vale tanto como el amor probado, y todas las jóvenes de veinte años parecen tener cincuenta para practicar este axioma. En esto estriba la gran fuerza de los seductores. En lugar de mirar á Modesta de frente, como hizo Canalis, que la saludó rindiéndole público homenaje, el amante desdenado le dirigió una larga mirada y mostróse humilde como Butscha, casi tímido. La joven heredera notó este detalle y fuése á sentarse al lado de Canalis, á cuyo juego pareció asociarse. En el curso de la conversación, La Briere se enteró, por una palabra que Modesta dirigió á su padre, de que, pensando reanudar ésta el miércoles sus ejercicios hípicas, le hacía falta un latiguillo que estuviese en armonía con la suntuosidad de sus vestidos de amazona. El refrendario dirigió al enano una mirada que chisporroteó como un incendio, y algunos instantes después, ambos paseaban juntos por la terraza.

—Son las nueve—dijo Ernesto á Butscha—y parto para París al instante, esperando que podré estar allí mañana por la mañana á las diez. Butscha querido, dada la amistad que ella tiene con usted, seguramente

que aceptará de usted un recuerdo. Permítame que le regale un látigo en su nombre, y sepa que, como premio á esta inmensa complacencia, tendrá usted en mí, no ya un amigo, sino un esclavo.

—Obre usted como guste, y le envidio á usted porque tiene lo que yo no tengo, ó sea dinero para hacer estos gastos.

—Advierta usted á Canalis de mi parte que no iré á dormir esta noche, que invente un pretexto para justificar una ausencia de dos días.

Ernesto, que se puso en camino una hora después, llegó en doce horas á París, siendo su primer cuidado pedir un asiento en el correo del Havre que había de salir al día siguiente. Después se fué á casa de los tres joyeros más célebres de París, á fin de poder comparar los puños de látigo que tenían y poder escoger el que le pareciese más hermoso. Entre los muchos que vió, llamó su atención uno hecho por Stidman, para un ruso que no había podido pagarlo después de encargado, el cual representaba una cacería de zorro esculpida en oro y terminaba en un rubí de un precio exorbitante para un pobre refrondario. Costaba siete mil francos, y el pobre joven tuvo por lo tanto que invertir todas sus economías en aquella compra. Ernesto dió el dibujo de las armas de los La Bastie y veinte horas de tiempo para sustituirlas por las que figuraban en el puño, el cual fué adaptado á un látigo de caucho y encerrado en un estuche de marroquí rojo forrado de terciopelo, en el que se grabaron dos *M* entrelazadas. El miércoles por la mañana, La Briere llegó al Havre á tiempo aún para almorzar con Canalis. El poeta había disculpado la ausencia de su secretario diciendo que estaba ocupado en un trabajo que le habían mandado de París. Butscha, que había ido á esperar el coche del joven refrondario, corrió á llevar aquella obra de arte á Francisca Cochet, recomendándole que la colocase encima de los vestidos de amazona de Modesta.

—Supongo que acompañarán ustedes á Modesta en su paseo—dijo el pasante que había ido á casa de Canalis para anunciar con una mirada á La Briere que el látigo había llegado felizmente á su destino.

—Yo voy á acostarme—respondió Ernesto.

—Amigo mío, no te comprendo—dijo Canalis mirando á su secretario.

Iban á almorzar, y, como es natural, el poeta invitó al pasante. Butscha se hacía el reacio con intención de hacerse invitar en caso de necesidad por La Briere. La fisonomía de Germán le hacía prever el buen resultado de una estrategia de enano que tenía por objeto dar cumplimiento á la promesa hecha á Modesta.

—Bien hace el señor en invitar al pasante del señor Latournelle—dijo Germán al oído á Canalis.

Á un guiño del amo al criado, ambos se fueron al salón para poder hablar en secreto.

—Señor, esta mañana he ido á una partida de pesca proyectada por un patrón de barco á quien yo conozco.

Germán no confesó que había tenido el mal gusto de jugar al billar en un café del Havre, donde Butscha le había rodeado de amigos para impresionarle á su gusto.

—¿Y qué?—dijo Canalis.—¡Al grano! ¡pronto!

—He oído acerca del señor conde de La Bastie una conversación que he procurado alentar, y le advierto que, según los rumores que corren por el puerto, usted va á caer en un lazo. La fortuna de la señorita de La Bastie es, como su nombre, muy modesta. El buque en que el padre vino no es suyo, sino de unos comerciantes de la China á los cuales tiene que rendir cuentas. Respecto á este punto, se dicen cosas poco halagüeñas para el honor del coronel, y como he oído decir que usted y el señor duque se disputan á la señorita de La Bastie, me he tomado la libertad de advertirle esto, porque, entre usted y Su Señoría, vale más que sea éste el cazado... Al volver de esa partida de pesca, he dado un paseo por el puerto y he

procurado entablar conversación con algunos negociantes. Estas buenas gentes, al verme bien vestido, se han puesto á hablar del Havre, y, de una cosa en otra, hice recaer la conversación acerca del señor Miñón, y se han mostrado en un todo tan acordes con los pescadores, que creo que faltaría á un deber si guardase silencio respecto á este punto. Esta es la razón de que yo no haya estado aquí á la hora de levantarse y vestirse el señor.

—¿Qué hacer?—exclamó Canalis al recordar que estaba ya comprometido de tal modo con Modesta, que le sería difícil volverse atrás.

—El señor conoce bien mi adhesión y mi fidelidad—dijo Germán al ver que el poeta había quedado como herido por un rayo—, y creo, por consiguiente, que no le molestará que me permita darle un consejo. Si usted logra emborrachar á ese pasante, dirá todo lo que sepa, y si no desembucha á la segunda botella de champaña, lo hará á la tercera. Por lo demás, ya tendría que ver que el señor, á quien veremos algún día embajador, como Filoxena le ha oído decir á la señora duquesa, no supiese echar la zancadilla á un pasante del Havre.

En este mismo momento, Butscha, autor desconocido de aquella partida de pesca, aconsejaba al refrendario que no dijese el objeto de su viaje á París y que no contrariase su manera de proceder en la mesa. El pasante había sacado partido de una reacción que se operaba en el Havre desfavorable á Carlos Miñón. He aquí por qué. El señor conde de La Bastie dejaba en completo olvido á sus amigos de antaño que durante su ausencia se habían olvidado de su mujer y de sus hijos. Al saber que se daba una comida en la casa Miñón, todo el mundo pensó ser convidado y esperó recibir una invitación; pero cuando se supo que Gobenheim, los Latournelle, el duque y los dos parisien-ses eran los únicos invitados, se promovió un clamoreo de indignación contra el orgullo del negociante;

el empeño de éste de no ver á nadie y de no bajar al Havre fué entonces notado y atribuído á un desprecio del que se vengó el pueblo poniendo en tela de juicio aquella inesperada fortuna. De charla en charla, llegó á correr bien pronto la voz de que los fondos necesarios para la retroventa de Vilquín habían sido provistos por Dumay. Esta circunstancia permitió suponer calumniosamente á los más encarnizados que Carlos había venido á confiar á Dumay fondos acerca de los cuales se preveían discusiones con sus pretendidos asociados de Cantón. Las medias palabras de Carlos, cuya intención fué siempre ocultar su fortuna, y los dichos de sus criados, que recibieron la misma orden, daban cierto aire de verosimilitud á estas groseras fábulas, en las que todo el mundo creyó, obedeciendo á ese espíritu denigrante que impulsa á los comerciantes á odiarse. Cuanto más alabada fué al principio la inmensa fortuna de uno de los fundadores del Havre por el patriotismo de la parroquia, tanto más disminuída quedó después por la envidia de la provincia. El pasante, á quien los pescadores debían más de un favor, rogó á estos que, guardando secreto acerca del que él les pedía, hablasen mal del antiguo banquero. El jorobado fué complacido, y el patrón de la barca dijo á Germán que un marinero, primo suyo, llegaba de Marsella despedido á causa de la venta del bergantín en el que había venido el coronel. El bergantín se vendió por cuenta de un tal Castagnould, y el cargamento valía, según su primo, tres ó cuatrocientos mil francos.

—Germán—dijo Canalis á su ayuda de cámara,—sírvenos vino de Champaña y de Burdeos. Un miembro de la curia de Normandía debe llevarse buenos recuerdos de la hospitalidad de un poeta. Por otra parte, creo que tiene tanta gracia como *Figaro*—continuó Canalis apoyando la mano en el hombro del jorobado,—y es preciso que esa gracia chisporrotee y sea realzada por el vino de Champaña;

nosotros no nos reservaremos tampoco ¿verdad, Ernesto?... Á fe que hace ya dos años que no me he emborrachado—repuso mirando á La Briere.

—¿Con vino?... eso se concibe—respondió el pasante.—¿Usted se emborracha todos los días con su propia gloria! ¡Ah! es usted guapo, poeta, ilustre por nacimiento, tiene usted una conversación que está á la altura de su genio, y agrada usted... á todas las mujeres, hasta á mi patrona. Amado por la sultana más hermosa que he visto en mi vida (aunque es verdad que no he visto más que esa en mi vida), puede usted, si quiere, casarse con la señorita de La Bastie... Mire usted, nada más que haciendo el inventario de su presente, sin contar su porvenir (un hermoso título, la dignidad de par, una embajada...), heme ya beodo como esa gente que se ocupa en embotellar el vino ajeno.

—Todas esas magnificencias sociales—dijo Canalis—no valen nada cuando les falta lo que les da verdadero valor: ¡la fortuna! Aquí estamos entre hombres, y los buenos sentimientos sólo en estrofas resultan encantadores.

—Y en ciertas circunstancias también—dijo el pasante haciendo un gesto significativo.

—Pero usted, señor redactor de contratos—dijo el poeta sonriéndose de la interrupción,—sabe tan bien como yo que lo uno exige lo otro.

En la mesa, Butscha desempeñó el papel de Trigaudín de *La casa rifada*, de un modo que asustó á Ernesto, el cual ignoraba que los tipos engendrados en un estudio de notario no le van en zaga á los engendrados en un taller de artistas. El pasante narró la escandalosa crónica del Havre, la historia de las fortunas, la de las alcobas y los crímenes cometidos con el código en la mano, crímenes estos que se titulaban en Normandía *salir del paso como se puede*. No perdonó á nadie el enano, y su verbosidad crecía á medida que iba creciendo el torrente de vino que pasaba por

su gznate como pasan las aguas de un torrente por un canalón.

—¿Sabes, La Briere—dijo Canalis sirviendo vino á Butscha,—que este buen muchacho haría un gran secretario de embajada?...

—¿Capaz de suplantar á su principal!—profirió el enano dirigiendo á Canalis una mirada cuya insolencia fué eclipsada por el brillo que comunicaba á sus ojos el ácido carbónico.—Soy lo bastante poco agradecido y lo suficiente intrigante para ponerme encima de los hombros de usted. ¡Un poeta conduciendo á un aborto...! eso se ve algunas veces, y muy frecuentemente... en los libros. Vamos, usted me toma por un charlatán. Mi querido gran genio, usted es un hombre superior y sabe sobradamente que el agradecimiento es una palabra estúpida, que figura en el diccionario, pero que no existe en el corazón humano. El agradecimiento sólo tiene valor en cierto monte que no es el Parnaso ni el Pindo. ¿Cree usted que debo yo algo á mi patrona por haberme criado? No; la villa entera le ha pagado esta cuenta en estimación, en palabras y en admiración, que son las más gratas monedas. Yo no admito el bien que sirve para crear una renta de amor propio. Los hombres hacen entre sí un comercio de favores, y la palabra agradecimiento equivale á una deuda, y eso es todo. Por lo que atañe á la intriga, ¡ah! esa es mi divinidad...—¿Cómo!—dijo al ver un gesto que había hecho Canalis—¿acaso no admira usted la facultad que permite al hombre astuto imponerse al hombre de genio, y que exige una observación constante de los vicios y de la debilidad de nuestros superiores, y el conocimiento de la *hora critica* en todo? Pregunte usted á la diplomacia si el éxito más hermoso no es el que procura el triunfo de la astucia sobre la fuerza. Señor barón, si yo fuese su secretario, sería usted bien pronto primer ministro, porque yo tendría un grandísimo interés en ello. ¿Quiere usted una prueba de mis talentos en este gé-

nero? Escúcheme: usted ama con locura á la señorita Modesta, y hace usted bien. Esa niña cuenta con mi cariño, y es una verdadera parisiense. Hace brotar de aquí y de allá parisienses en provincias. Nuestra Modesta es mujer capaz de enloquecer á un hombre. Pero tiene usted un competidor terrible, el duque... ¿Qué me da usted si le hago abandonar el Havre antes de tres días?

—Acabemos esta botella—dijo el poeta llenando el vaso de Butscha.

—¿Va usted á emborracharme?—preguntó el pasante bebiendo con avidez el noveno vaso de champaña.—¿Hay por ahí una cama donde pueda dormir una hora? Mi patrón es sobrio, como un camello que es, y la señora Latournelle también, y ambos cometerían la dureza de reñirme, y no les faltaría razón contra mí, que carecería de ella... Tengo que escribir unas actas.

Después, reanudando sus ideas anteriores sin transición, como acostumbra á hacer los beodos, exclamó:

—¡Y qué memoria...! Iguala á mi agradecimiento.

—Butscha—dijo el poeta,—hace un momento decías que no eras agradecido, y veo que te contradices.

—En nada absolutamente—repuso el pasante.—Olvidar es casi siempre acordarse. Vaya, vaya, crea usted que estoy pintiparado para ser un famoso secretario.

—Y ¿cómo te las arreglarías para alejar al duque?—dijo Canalis encantado al ver que la conversación tomaba por sí sola el giro que él deseaba.

—Eso... no le importa á usted—contestó el pasante dejando escapar un formidable hipo.

Butscha hizo girar su cabeza entre sus hombros y paseó sus miradas de Germán á La Briere y de éste á Canalis, á la manera de las gentes que, sintiendo que se ponen borrachos, quieren saber en qué concepto se les tiene, pues en el naufragio de la embriaguez

se puede observar que el amor propio es el único sentimiento que sobrevive.

—Gran poeta, ¡no está usted hecho mal farsante!... ¿Me toma acaso por uno de sus lectores de poesías, usted que envía á su amigo á París para que vaya á tomar informes de la casa Miñón?... Yo charlo, tú charlas, nosotros charlamos... ¡Bueno! Pero hágame el honor de creer que soy lo bastante calculador para darme siempre cuenta exacta de mi estado. En mi calidad de primer pasante del señor Latournelle, mi corazón es una especie de carpeta con candado. Mi boca no descubre ningún secreto relativo á los clientes. Lo sé todo, y no sé nada. Además, mi pasión es conocida. Amo á Modesta, que es mi discípula y que tiene que hacer una buena boda. Si fuese necesario, empalaría al duque. Pero usted se casa...

—Germán, el café y los licores—dijo el poeta.

—¿Licores?—repitió Butscha levantando la mano como una falsa virgen que quiere resistir á una pequeña seducción.—¡Ah! ¡pobres actas mías! y hay, precisamente, un contrato de matrimonio. Mire usted, mi segundo pasante es estúpido como una ventaja matrimonial, y capaz de... de... dar... un navajazo en los parafernales de la futura esposa. Se cree hermoso porque tiene cinco pies y seis pulgadas... ¡Imbécil!...

—Aquí tiene usted la crema de té, un licor de las islas—dijo Canalis;—usted, á quien la señorita Modesta consulta...

—¡Me consulta!...

—Pues bien, ¿cree usted que ella me ama?—preguntó el poeta.

—Sí, más que al duque—respondió el enano saliendo de una especie de atontamiento que fingía á las mil maravillas. Le ama á causa de su desinterés. El otro día me dijo que por usted era capaz de hacer los mayores sacrificios, de pasarse sin gastar nada en su tocado, de no gastar más que mil escudos al año y de emplear su vida en probarle que, al casarse con ella,

había usted hecho un excelente negocio. Vaya, vaya, que ya puede darse por contento, pues esa joven es arrogantemente (un hipo), honrada, instruída y no ignora nada.

—Eso y trescientos mil francos...—dijo Canalis.

—¡Oh! es muy fácil que tenga lo que usted dice—repuso el pasante con entusiasmo.—El papá Miñón, vea usted, es capaz de despojarse de todo para casar á su hija única. Ese coronel está acostumbrado, á causa de la Restauración (un hipo), á estar á medio sueldo, se considerará muy feliz viviendo con Dumay en el Havre, y es seguro que dará sus trescientos mil francos á la pequeña. Pero no olvidemos á Dumay, que legará su fortuna á Modesta. Ya sabe usted que Dumay es un bretón, y este origen es un valor en el contrato, porque no variará nunca, y su fortuna es igual á la de su patrón. Sin embargo, como me escuchan por lo menos tanto como á vos, á pesar de que no hablo tanto ni tan bien, les he dicho: «Emplean ustedes una cantidad demasiado grande en la casa, y si Vilquín la cede, no les quedará más que cien mil francos de capital, lo cual es muy poco, á mi juicio.» En este momento el coronel y Dumay se consultan. Créame usted á mí, Modesta es rica, las gentes del puerto dicen tonterías en la ciudad porque tienen envidia. ¿Quién tiene un dote semejante en el departamento?—dijo Butscha preparando los dedos para contar.—Primero, dos ó trescientos mil francos contantes—dijo tocándose el pulgar de la mano derecha con el índice de la izquierda.—Segundo, la propiedad de la casa de campo Miñón—repuso tocándose el índice de la mano izquierda.—Tercero, la fortuna de Dumay—añadió señalando el dedo del corazón.—Vaya, vaya, la pequeña Modesta es una joven que tendrá unos seiscientos mil francos una vez que los dos militares hayan ido á tomar órdenes del Padre Eterno.

Esta sencilla y brutal conferencia, interrumpida con copitas de licor, desembriagaba tanto á Canalis

como parecía embriagar á Butscha. Era indudable que, para el pasante, joven provinciano, aquella fortuna era colosal. El jorobado dejó caer su cabeza sobre la palma de su mano derecha, y, apoyando majestuosamente el codo en la mesa, empezó á hacer guiños y hablar consigo mismo.

—Dentro de veinte años, al paso que va el Código, que destruye las fortunas con el título de las *herencias*, una heredera con seiscientos mil francos será tan rara como un usurero desinteresado. Me dirá usted que Modesta gastará muy bien doce mil francos al año, que es el interés de su dote; pero es muy linda... muy linda... muy linda... Mire, para usted que es poeta hay que emplear imágenes. Es blanca como un armiño y maliciosa como un mono.

—Pues ¿cómo me decías tú que tenía seis millones?—exclamó en voz baja Canalis mirando á La Briere.

—Amigo mío—dijo Ernesto,—advértote que tuve que callarme porque tenía prestado un juramento.

—¡Un juramento! ¿á quién?

—Al señor Miñón.

—¡Cómo! Ernesto, tú que sabes lo mucho que necesito la fortuna...

Butscha roncaba.

—... Tú que conoces mi posición y todo lo que yo perdería en la calle de Grenelle casándome, ¿me dejarías friamente hundirme?—dijo Canalis palideciendo.—Ya sabes que se trataba de un negocio entre amigos, y que nuestra amistad, querido mío, implica un pacto anterior al que te ha exigido ese astuto provenzal.

—Amigo mío—dijo Ernesto,—amo demasiado á Modesta para...

—¡Imbécil! te la dejo—gritó el poeta.—Así que rompe tu juramento.

—¿Me juras y me das tu palabra de honor de olvidar lo que voy á decirte, y de portarte conmigo como

si esta confidencia no hubiese tenido lugar, ocurra lo que ocurra?

—Lo juro por la memoria de mi madre.

—Pues bien; en París, el señor Miñón me dijo que estaba muy lejos de poseer la colosal fortuna de que me hablaron los Mongenod. La intención del coronel es dar doscientos mil francos á su hija. Ahora bien, Melchor; ¿es el padre sincero al decir esto? ¿lo habrá hecho por desconfianza? No lo sé y me tiene sin cuidado, porque si Modesta se dignase escogermé, sería mi mujer aunque no tuviese dote.

—¡Una bachillera! ¡de una instrucción espantosa, que lo ha leído todo! ¡que lo sabe todo... en teoría!— exclamó Canalis al ver un gesto que hizo La Briere;— ¡una hija mimada, educada en el lujo desde su más tierna edad, y que se ve privada de él hace cinco años!... ¡Oh! pobre amigo mío, piensa bien en ello.

—Oda y código—dijo Butscha despertándose;—usted trabaja en la oda y yo en el código. Ahora bien, código viene de *coda* ¡cola! Me ha obsequiado usted..., le quiero, no se deje usted enredar por el código. Mire, un buen consejo vale lo que su vino y su crema de té. El padre Miñón también es una crema, la crema de las gentes honradas... Pues bien, monte usted á caballo, acompañe á su hija, puede usted abordarle francamente, háblele del dote, le responderá sin rodeos, y verá usted el fondo del saco, tan cierto como yo estoy borracho y usted es un gran hombre; pero ¿verdad que marcharemos juntos del Havre?... Seré su secretario, puesto que este pequeño, que me cree borracho y se ríe de mí, le deja á usted... ¡Vamos, márchese! déjele casarse con la joven.

Canalis se levantó para ir á vestirse.

—Ni una palabra... que él mismo se perderá—dijo calmamente Butscha á La Briere que permanecía frío como Gobenheim, y que hizo á Canalis un signo, familiar á los pilluelos de París.—¡Adiós, amo mío!—repuso el pasante gritando hasta desgañitarse—¡me

permite usted que vaya á vomitar al kiosco de *mamá Amaury*?...

—Está usted en su casa—respondió el poeta.

El pasante, que era objeto de las risas de los tres criados de Canalis, ganó el kiosco caminando por las platabandas y por el encañado de flores con la testaruda gracia de los insectos que describen sus interminables zigzags cuando tratan de salir por una ventana cerrada. Una vez hubo entrado en el kiosco, y los criados estuvieron dentro de la casa, se sentó en un banco de madera pintada y se abismó en los goces de su triunfo. Acababa de engañar á un hombre superior, y no solamente le había arrancado la máscara, sino que le había hecho descubrir sus intenciones; y se reía como un autor en su pieza, es decir, con el sentimiento del valor inmenso de aquella *vis cómica*.

—¡Los hombres son unas peonzas, y la cuestión estriba en saber encontrar el cordel para hacerles bailar!—exclamó.—No me extrañaría nada que viniesen á decirme: «¡La señorita Modesta acaba de caerse del caballo y se ha roto una pierna!»

Algunos instantes después, Modesta, vestida con una deliciosa amazona de casimir verde botella, cubierta con un sombrerito con bastilla verde, provista de guantes de piel de gamo, con botinas de terciopelo sobre las cuales caía con gracia la guarnición de encaje de sus calzones; y montada en una jaca ricamente enjaezada, mostraba á su padre y al duque el bonito regalo que acababa de recibir, el cual la satisfacía en extremo, porque comprendía que era resultado de una de esas atenciones que más halagan á las mujeres.

—¿Es acaso de usted, señor duque?—dijo Modesta tendiéndole el brillante puño del latiguillo.

—Han puesto debajo de él una tarjeta en la que se leía: «¡Adivina si puedes!» y después puntos suspensivos. Francisca y la señora Dumay aseguran que esta sorpresa es debida á Butscha; pero entiendo que mi querido jorobado no es bastante rico para pagar tan

ricos rubíes. Mi padre, á quien había dicho el domingo por la noche que no tenía látigo, envió á buscar aquel á Rouen.

Y Modesta señalaba en la mano de su padre un látigo cuyo puño estaba formado por un semillero de turquesas, invención que estaba á la sazón de moda y que cayó después en desuso.

—Señorita, daría diez años de vida por gozar del derecho de ofrecerle á usted esa magnífica alhaja—respondió cortesmente el duque.

—¡Ah! ¡aquí tenemos al audaz, entonces!—exclamó Modesta viendo llegar á Canalis á caballo.—Sólo un poeta puede saber encontrar objetos tan preciosos... Caballero—dijo á Melchor,—mi padre le reñirá á usted porque da razón á los que le reprochan su liberalidad.

—¡Ah!—exclamó cándidamente Canalis,—ahora comprendo el motivo del rápido viaje de La Briere á París.

—¡Cómo! ¿se ha tomado tal libertad el secretario de usted?—dijo Modesta palideciendo y entregando el látigo á Francisca Cochet con una vivacidad en la que debía leerse un profundo desprecio.—Deme usted ese otro látigo, padre mío.

—¡Pobre muchacho que yace en este momento en la cama, molido por el cansancio!—repuso Melchor diciendo á la joven que había puesto su caballo al galope.—Se muestra usted demasiado dura, señorita, pues el pobre Ernesto acaba de decirme: «Este es el único recurso que me queda para hacer que se acuerde de mí...»

—Y ¿estimaría usted á una mujer capaz de conservar recuerdos de varios hombres?—dijo Modesta.

Sorprendida la joven de no recibir una respuesta de Canalis, atribuyó esta falta de atención al ruido de los caballos.

—¡Cómo se complace usted en atormentar á los que la aman!—le dijo el duque.—Esa nobleza, esa altivez, desmienten de tal modo sus errores, que empiezo á

sospechar que pretende usted parecer mala, premeditando las maldades.

—¡Ah! señor duque! usted no hace más que prevenirse—dijo la joven riendo.—Veo que tiene usted precisamente la perspicacia de un marido.

Anduvieron casi un kilómetro en silencio y Modesta se asombró de no ser objeto de las miradas de Canalis, el cual parecía estar un tanto demasiado enamorado de las bellezas del paisaje para que su admiración fuese natural. La víspera, Modesta, mostrando al poeta un admirable efecto de una puesta de sol, le había dicho al observar que se había quedado alelado como un sordo:

—¡Cómo! ¿no lo ha visto usted?

—No he visto más que su mano—había respondido el poeta.

—¿Sabe montar á caballo el señor de La Briere?—preguntó Modesta á Canalis con objeto de contrariarle.

—No muy bien, pero sabe sostenerse—respondió el poeta que se había vuelto frío é indiferente como lo era Gobenheim antes de la vuelta del coronel.

En un camino trasversal que el señor Miñón propuso á todos tomar para ir, atravesando un bonito valle, á una colina que dominaba el curso del Sena, Canalis dejó pasar á Modesta y al duque, acortando el paso de su caballo, con objeto de poder quedarse á la zaga con el coronel.

—Señor conde, usted es un leal militar, y mi franqueza será sin duda un motivo para captarme su estimación. Cuando las proposiciones de matrimonio, con todas sus discusiones salvajes ó demasiado civilizadas, si usted quiere, llegan á verse en boca de un tercero, ambas partes salen perdiendo. Los dos somos nobles, tan discretos uno como otro, y usted, lo mismo que yo, ha pasado ya la edad de los asombros, de modo que hablemos con claridad. Yo empiezo por darle el ejemplo. Tengo veintinueve años, carezco de for-

tuna territorial y soy ambicioso. Ya habrá usted observado que la señorita Miñón me agrada infinitamente. Ahora bien: á pesar de los defectos que su querida hija se complace en afectar...

—Y de los que tiene en realidad—dijo el coronel sonriéndose.

—Yo la haría gustoso mi mujer, y creo que podría hacerla feliz. La cuestión de la fortuna tiene una gran importancia para mi porvenir, que no está aún hoy determinado. Ya sé que el que se decide á casarse debe amar á su esposa incondicionalmente. Sin embargo, usted no es hombre capaz de casar á su querida Modesta sin dote, y, por otra parte, mi situación no me permitiría hacer un matrimonio de amor, ni tampoco tomar por esposa á una mujer que no aportase por lo menos una fortuna igual á la mía. Entre mi sueldo, mis sinecuras, la Academia y los libros poseo unos treinta mil francos al año, fortuna enorme para un soltero. Si entre mi mujer y yo alcanzamos treinta mil francos de renta, mi situación no habrá cambiado. ¿Da usted un millón de dote á la señorita Modesta?

—¡Ah! caballero, esa suma dista mucho de la que yo poseo—dijo jesuiticamente el coronel.

—Pues entonces, hagamos cuenta que no he dicho nada—replicó vivamente Canalis.—Señor conde, quedará usted satisfecho de mi conducta, y yo seré contado entre el número de los desgraciados por causa de esa encantadora joven. Deme usted su palabra de guardar silencio con todo el mundo, hasta con la señorita Modesta, pues podría ocurrir que mi posición cambiase de tal modo que me permitiese aún pedir-sela sin dote.

—¡Se lo juro!—dijo el coronel.—Caballero, ya sabe usted la exageración con que habla el público, y sobre todo en provincias, de las fortunas que se hacen y que se deshacen. Se aumenta lo mismo la desgracia que la felicidad y nunca somos tan desgraciados como se

dice. En el comercio, después de saldadas las cuentas, sólo se tienen seguros aquellos capitales que tiene uno en su poder. Espero con viva impaciencia noticias de mis agentes. La venta de las mercancías y de mi navío, el arreglo de mis cuentas en China y todos mis demás negocios están aún por terminar, y, por consiguiente, no conoceré mi fortuna hasta dentro de diez meses. Sin embargo, en París, he garantizado doscientos mil francos de dote en dinero al señor de La Briere. Deseo constituir un mayorazgo en tierras, y asegurar el porvenir de mis nietos, logrando para ellos la transmisión de mis armas y títulos.

Desde que el conde empezó á dar esta respuesta, Canalis no escuchó ya.

Como se encontrasen en un camino bastante ancho, los cuatro jinetes formaron fila y ganaron la meseta desde donde se divisa el rico valle del Sena, hacia Rouen, mientras que en el otro horizonte los ojos podían percibir aún el mar.

—Creo que Butscha tenía razón, Dios es un gran paisajista—dijo Canalis contemplando aquel paisaje, único que con justicia hace célebres las orillas del Sena.

—Sobre todo cuando se va de caza, mi querido barón—respondió el duque,—cuando la naturaleza está animada por una voz y por un tumulto en medio del silencio, es cuando los paisajes parecen verdaderamente sublimes con sus variados efectos.

—El sol es una paleta inagotable—dijo Modesta mirando al poeta con una especie de estupefacción.

Á una observación de Modesta acerca de lo absorto que veía á Canalis, éste respondió que se entregaba á sus pensamientos, excusa esta de que echan mano con más frecuencia los autores que ningún otro.

—¿Hacemos bien acaso en transportar nuestra vida al seno del mundo, aumentándola con mil necesidades ficticias y con múltiples vanidades?—dijo Modesta al contemplar aquella apacible y rica campiña que